

Pequeño atlas de los escarparates de París

Autor(en): **[s.n.]**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Textiles suizos [Edición español]**

Band (Jahr): - **(1954)**

Heft 2

PDF erstellt am: **21.07.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-797769>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.



PEQUEÑO ATLAS DE LOS ESCAPARATES DE PARÍS

Trácese una línea desde la plaza Vendôme hasta la de la Etoile que haga un codo en St-Augustin; y otra línea desde la Etoile hasta la plaza Vendôme, acodada en la plaza de Alma. Con este rombo algo irregular quedará circunscrito el París de los escaparates, es decir, la atracción número uno del extranjero o del forastero llegado de provincia y transformado en parisiense durante unos días.

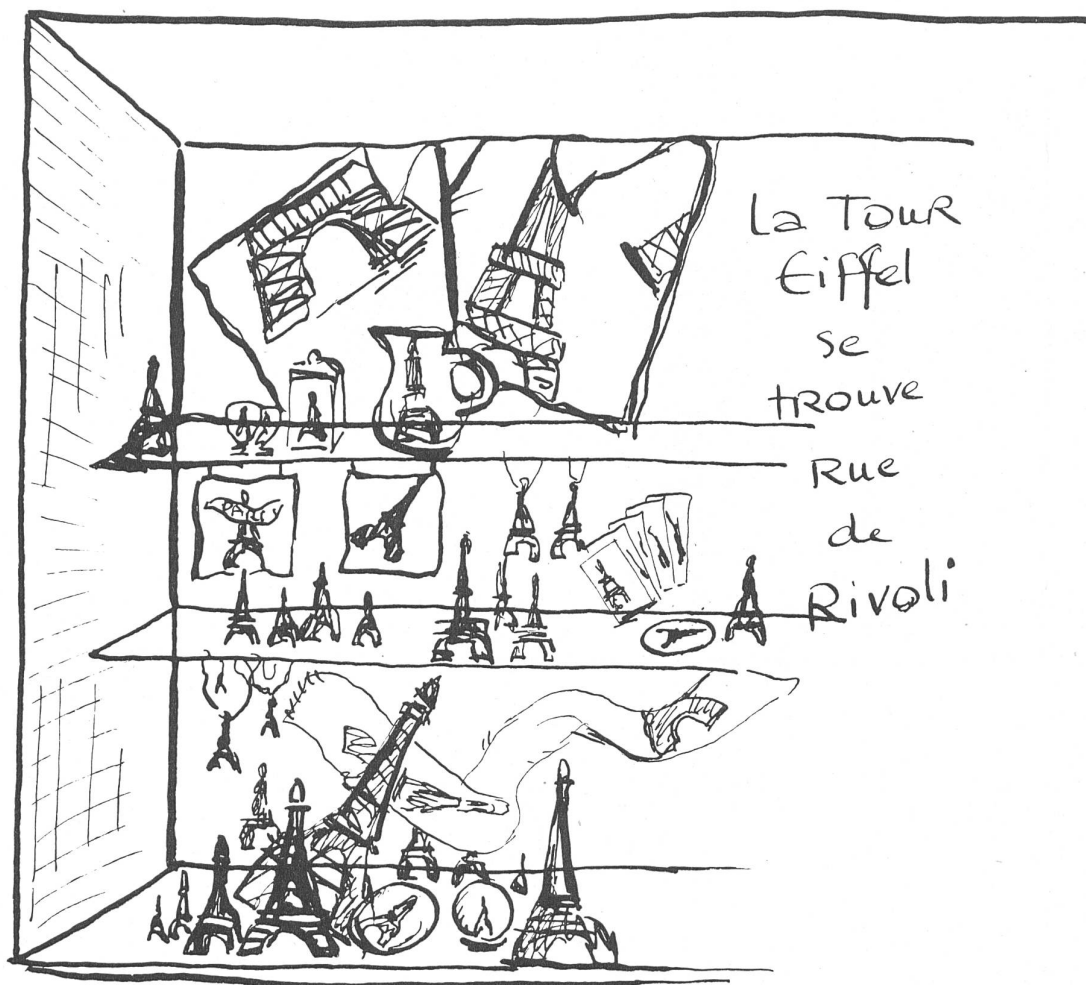
Y no se me diga que el turno de los escaparates llega después del de los monumentos, de los museos o de las perspectivas catalogadas, pues sería un grosero error. Basta ensimismarse un poco y consultar los recuerdos propios, recordar la llegada de uno mismo a cualquier capital. Una vez elegido el hotel, aceptado el cuarto, desembalado el equipaje, colgados y ordenados los vestidos en las perchas — y no menciono adrede los trajes de hombre, puesto que, para ellos, no sobran perchas y han de contentarse con los respaldos de las sillas — ¿A dónde va uno en primer lugar? Como yo lo afirmo: a ver los escaparates de los almacenes y de las tiendas. Es el mejor medio para entrar en contacto con una ciudad.

¿Qué puede haber más distraído que el contemplar en Londres los escaparates atestados de objetos hasta rebosar, en Regent Park, Piccadilly, Bond Street o Burlington Arcade? En todo se advierte un airecillo inglés que, de golpe, le pone a uno en comunión con la muchedumbre.

¿Y en Nueva York? Es cosa sabida, la primera vez va uno a ver el Empire-State-Building. Pero para llegar allí hay que bajar a lo largo de la Quinta Avenida, lo que se aprovecha ante todo para impregnarse del estilo de los decoradores de escaparates neoyorkinos.

Y lo mismo en todas partes. En apoyo de esta tesis mía, podría citar como ejemplo las distintas capitales haciendo alarde de conocimientos peripatéticos (en el buen de esta expresión, el que le dió Aristóteles, que significa « enseñar paseando »), hablar de la Gran Vía de Madrid, de la Rua de l'Ouro de Lisboa, de la Rua Gonsalvez-Diaz de Río de Janeiro, de la..., pero esto resulta demasiado fácil y hasta pretencioso. De lo que se trata de hablar, es de París. De ese París de los escaparates que evoluciona de día en día y que constituye la verdadera geografía económica y demográfica de esa capital.

Existe un estilo de nuestras vitrinas, pero además, hay las agrupaciones y las afinidades que transforman el aspecto de nuestras calles y de nuestras avenidas, que trastornan la circulación y cambian el exterior de los transeuntes.



Consideremos primeramente la arteria principal, la que atraviesa una parte del espacio que hemos deslindado en el plano, la Avenida de los Campos Elíseos. Esta vía triunfal (como se acostumbra a llamarla) examinémosla bien, a las primeras luces del alba, cuando todo está en calma, sereno, sin automóviles, sin peatones. No tiene estilo propio, está compuesta de elementos disparatados, una mezcla de hoteles particulares a la Napoleón III, de grandes edificios modernos, de casas de principios de siglo, de todas las formas, de todas las alturas. A pesar de ello, forma un todo esta avenida. Posee inclusive una especie de belleza de lo disparatado que, indudablemente se debe a su anchura, a su pendiente, al prestigioso monumento que la domina, a las azuladas lejanías de las Tullerías, pero también a los escaparates, a las inmensas lunas, a las pinceladas de color de la publicidad.

Y sin embargo, no es en los Campos Elíseos donde encontraréis la quintaesencia del comercio parisiense. Ciertamente hay coches deslumbrantes, los hocicos brillantes de galgo de los Talbot o Delahaye, las sólidas quijadas cromadas de los De Soto y demás Packard, las narices plisadas de los dos caballos Citroën. Pero eso es cosa que se ve en todas las urbes. También están ahí las agencias de viajes, con los aviones y los trasatlánticos en reducción; y también los confeccionadores blasonados de oro sobre un fondo de estuco, los cines, en los cuales, al anochecer, las colas de gente recuerdan a las tiras de papel matamoscas, y por fin, también los cafés. Esto es ya más parisiense. Pero, fuera del pasaje del Lido o de las tiendas de especialidades del vestuario que esas sí son típicamente de aquí, aunque no de las de postín, no son los Campos Elíseos los que representan a París. Más bien son cosmopolitas, sin carácter ni sello especial; se emparejan con los fotógrafos ambulantes, con los vendedores demasiado bien vestidos, con los almacenes de relumbrón.

Cuán diferente es la Avenida Georges V, dominada por el Fouquet's, y que, poco a poco, se va comercializando — los camiseros y los floristas de lujo, los modistas se van instalando aquí; dos grandes hoteles internacionales hacen que se agolpen contra las aceras los Bentley, Cadillacs y Rolls desmesurados. A dos pasos de esta avenida, Jacques Fath y Balmain atraen a las elegantes. Pocos

escaparates, pero originales y de buen gusto. Aquí, estamos en el París superchic. ¿ Es acaso el verdadero ? — ¿ el más divertido ? Habría que verlo...

Sigamos adelante. Había una avenida muy *urf*, la que desde la plaza Alma hasta el Rond-Point de los Campos Elíseos poseía los hoteles particulares, las mansiones de alto copete, las sedes sociales de los « holdings » y de las compañías de grandes capitales sociales. Pues bien, la antigua alameda de las Viudas en tiempos del Directorio, en donde Mabilie, el baile público que tanta celebridad alcanzó durante el Segundo Imperio, hacia oír la murga de sus estribillos y se iba a admirar el descabellado cancán, la Avenida Montaigne, para llamarla por su nombre actual, empezó a evolucionar el día en que Auguste Perret hizo edificar allí el teatro más hermoso de toda Francia. Obtuvo sus títulos de nobleza en 1946, cuando Christian Dior fué a instalarse allí. Desde entonces, van apareciendo algunos escaparates, aunque tímidamente, pero, paciencia... dentro de diez años, la Avenida Montaigne habrá atraído al público de su prolongación que va envejeciendo, la Avenida Matignon. A pesar de haberse alhajado ésta con la presencia de Maggy Rouf, que tiene establecido sus cuarteles en el espléndido hotel de la Vaupalière, a dos pasos de la residencia del bello Fersen, el enamorado de Maria Antonieta, a pesar de haber reinado como calle en la época de Lelong, de Callot y otros ya no impera como lo hizo hace diez años, al terminarse la ocupación. Ciertamente que hay los nuevos escaparates de Jean Dessès, practicados en los fundamentos del hotel Eiffel, pero bien parece que va perdiendo su prestigio.

En cambio, la arteria por la que corre la sangre más pura del parisianismo sigue siendo siempre idéntica a sí misma ; es el Faubourg St-Honoré, hermano menor de la Rue St-Honoré. Los más bellos escaparates del mundo refulgen aquí y son los que Annie Baumel, la prestigiosa, creó para Hermes. Extraña calle, con bien delimitadas zonas atestadas de tiendecitas de los ciento y uno oficios.

Entre la Plaza Vendôme y la Rue Royale, a ambos lados de la calle, es el dominio de las blusas, los abrigos, los bolsos de mano, los plateros y joyeros pequeños, los ceramistas, las lenceras. Entre la Rue Royale y la Avenida de Friedland, la moda, los sombreros, salones de té, anticuarios, perfumistas, zapateros, tiendas de medias, de especialidades de punto, cristalerías, tiendas de cepillos, de lanas, boteros, guanteros, chocolaterías, tiendas de alfombras, camiserías, todos exhiben en unos cuantos metros cuadrados de espacio lo mejorcito y lo más original de París. Aquí estamos muy lejos de las ingentes vitrinas, todo lunas y cristales de los Campos Elíseos. Aquí, todo es en pequeño, pero esmerado. Entre las calles Royale y Boissy d'Anglas, ambas aceras son a cual más interesantes. Luego lo es la de la derecha, la que empieza con Hermes. A la izquierda, aparte de algunas excepciones, todo es oficial : Círculo Interaliado, Embajada de Inglaterra, servicios americanos, residencia del Presidente de la República. — Luego, el Faubourg vuelve a ser ecléctico y, pasado St-Philippe, se va transformando. Va teniendo menos estilo y casi no vale la pena ir hasta allí, cuando sólo se pasan algunos pocos días en París. Pero, alrededor de esta, la verdadera « rue de París » ; cuántas calles nos brindan distracción ! La de la Boétie, con sus aparatos para uso casero y sus galerías de pintura, la de Franklin-Roosevelt, del Colisée, de Ponthieu con sus pequeños artesanos, sus tabernas, sus bares americanos, sus zapaterías, la de Miromesnil con sus anticuarios...

Es en el barrio de St-Honoré donde se siente latir el corazón del París del arte y de la creación. Claro que allí se tropieza uno con los escaparates de masa de los almacenes del Printemps, de las Galeries, del Louvre, de los Trois-Quartiers,



Caroline



de la Samaritaine, de efectos amplificados, agresivos. Ciertamente también existen los Bulevares, chorreantes de luz, de cines, especial de Campos Elíseos de segunda zona y donde los verdaderos parisienses ya no se pasean como antaño. También es cierto que hay la Avenida de la Ópera con sus librerías, sus ceramistas, sus comerciantes de acero, de fusiles de caza, de artículos para viaje; también hay la Rue de Rivoli con sus mil tiendas en las cuales se venden millares de torres Eiffel de bronce, de cristal y de porcelana, pañuelos con lemas amorosos, tarjetas postales y recuerdos de pacotilla. Allí encontraréis el pequeño regalo nada caro y, a veces, característico, pero el corazón de París no late allí.

En el fondo, para vivir con el París prestigioso, os bastaría visitar el rombo de que hablábamos y pasearos por sus calles. En ellas no se ven corbatas fosforescentes, multicolores camisas de hombre, excentricidades que se hacen notar, sino objetos y productos de clase, de los que no se encuentran en otras partes y que son el reflejo de varios siglos de artesanía y de tradición. Dad de lado a vuestro coche, pues no encontraríais sitio donde emparcar. Id a pie, despacito, haciendo, como aquí se dice, de « lame-escaparates », y no lo sentiréis. Y así, yendo paso a paso, aprenderéis más sobre París, sobre sus habitantes, sus costumbres y su historia que pasando una mañana entera en el museo Carnavalet. Así percibiréis la razón de ser de París, la explicación de su permanencia, que es el amor por lo bello, la pasión de lo mesurado, el instinto del buen gusto.

Pero no sé a qué viene el aconsejaros todo esto; parece que pretendo abrir una puerta abierta y es de suponer que no me estabais esperando para llegar a conocer a París con sus escaparates. No me lo toméis demasiado a mal. Es tan fácil chochar hablando de lo que se ama...

X. X. X.